

El M. I. Sr. Vicario Capítular ha tenido á bien decretar lo siguiente:

*Barcelona, 27 de Abril de 1878.*—En vista de la favorable censura que ha recaído en la obra titulada el *Buen Sentido de la Fé*, damos licencia para su publicacion, debiendo presentarse antes dos ejemplares visados por el censor á nuestra Secretaría de Cámara. Lo decretó y firma el Muy Ilustre Señor Vicario Capítular, de que certifico.—*Juan de Palau y Soler.*—Por mandato de S. Sria. Licdo. *Ignacio Palá y Martí*, Canónigo Secretario. Lo que traslado á vd. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á vd. muchos años.

*Barcelona, 27 de Abril de 1878.*

IGNACIO PALÁ Y MARTÍ.

Sres. Viuda ó Hijos de J. Subirana.

## A LOS INCRÉDULOS.

A vosotros se dirige este libro: á vosotros lo dedico. De cuantos desgraciados existen en el mundo, ninguno más digno de compasion: y se comprende perfectamente, puesto que la muerte de la fé en una alma, presupone la muerte de las esperanzas. La pérdida de Dios es la desgracia más intensa que pueden experimentar el corazon y el pensamiento del hombre.

Y sin embargo, de cuantos desgraciados existen en el mundo, vosotros sois los que ménos compasion inspirais. Para los hombres de fé, vuestro mal es tan inconcebible, que les repugna creer en su existencia: los que de ella llegan á convencerse, siéntense hasta tal punto escandalizados, que presumirian contaminarse, con sólo concederos su simpatía.

Por lo que á nosotros toca, debemos confesar que asumimos decididamente toda la responsabilidad que puede provenir de esa caridad mal comprendida, fundándonos para ello en la consideracion de que la más bella de las limosnas que pueden tributarse á nuestros semejantes, es la que tiene por objeto enriquecer con los tesoros de Dios á aquellos que de tales bienes tienen exhausto el corazon.

« Los que no hayan probado las dificultades que se experimentan para distinguir el error de la verdad, y para encontrar el verdadero camino de la vida en medio de las ilusiones del mundo, dirémos con San Agustín, pueden proceder rigurosamente con vosotros. »

Lo que es nosotros, que con frecuencia hemos merecido ser vuestros confidentes en vuestras amarguras, mereceríamos á justo título el nombre de crueles y olvidadizos si os tratáramos con severidad.

Por esto en el presente libro os hablaremos con afecto y cariño como á los enfermos que yacen postrados en el lecho del dolor.

Y aun cuando en medio de las tinieblas en que yaceis sumidos, vislumbremos un tenue rayo de luz, no por esto pronunciaremos con sarcasmo estas santas palabras: « *No ha querido ins-*

*truirse para obrar bien* » (1), pues recordaremos que si es cierto, por punto general, que el hombre posee la fé que merece, es posible que su incredulidad sea al par su desgracia y su propia obra.

La naturaleza y la educacion abren con frecuencia, entre la verdad y ciertos espíritus, abismos de profundidad tan horrenda, que desconfiaríamos de salvarlos y conducir á aquellos al opuesto borde, si no supiéramos que pueden más las luces de la divinidad que los débiles susurros de la enseñanza humana. No de otra suerte la luz se propaga en el espacio con mayor rapidez que el sonido.

Por vuestra parte os suplicamos que no exijais una demostracion palpable de lo que en manera alguna puede tenerla. La religion se halla suficientemente demostrada, estándolo bastante más que muchísimas de esas creencias y opiniones naturales á las cuales consagrais vuestra existencia.

En esta noble investigacion poned vuestro sentimiento al servicio de vuestra inteligencia, recordando que ésta, cuando se halla debida-

(1) Salmos 35, 4.



mente dirigida, léjos de disminuir la razon, completa al hombre. *Siendo Dios amor* cuanto más en este sentido nos parecemos á El, tanto más aptos nos hallamos para comprenderlo. Por esta razon un gran matemático del siglo XVII, no definia la fé, diciendo que fuera un teorema de geometría, ni una evidencia filosófica, sino Dios mismo *hecho sensible al corazon* [1].

Leed además estas pájinas sin perder de vista la profunda sinceridad que las ha inspirado: áun cuando no os sean gratas, tienen derecho á vuestra indulgencia, por lo mismo que han sido escritas por amor á vosotros; y dado que no os parezcan decisivas, son por lo ménos acreedoras á vuestro respeto, por lo mismo que no podeis oponer á ellas objecciones de la misma fuerza.

Y si por ventura vuestra incredulidad admite el dogma de un Dios capaz de oír los suspiros de su criatura, pareciéndoos en esto al tierno infante privado de vista, que para tender al padre sus amántes brazos, no ha menester la luz que falta á sus ojos, pronunciad conmigo esta plegaria compuesta por Bacon para rezarla antes de empezar su estudio.

(1) Pascal; *Pensamientos*.

„[Padre mio, que habeis comenzado todas  
„ vuestras obras creando la luz visible, y las ha-  
„ beis terminado dando vida á la luz intelectual,  
„ ya que inspirásteis vuestro aliento en la faz  
„ del hombre, obra maestra salida de vuestras  
„ manos, dignaos dirigir y proteger esta obra, que  
„ teniendo por principio vuestra bondad, debe  
„ tener por fin vuestra gloria (1)!„

(1) *Novum organum*.





en la Ciudad Eterna. Cuando va á hablar semejante autoridad ¿qué autoridad doctrinal puede merecer la atención pública? Esto nos hemos preguntado; mas meditando en ello hemos convenido en que semejante coincidencia lejos de aminorarla, aumenta la oportunidad de nuestro trabajo. El BUEN SENTIDO DE LA FÉ sirve de preparacion á los espíritus para que más fácilmente puedan aceptar los decretos que van á promulgarse; tiende á formar en la opinion de los lectores esclarecidos una adhesion anticipada á todas las enseñanzas dogmáticas de lo porvenir, y en tanto que el Concilio no se impone de hecho sino como derecho, nada más que á las conciencias y á las inteligencias sometidas á la Iglesia, trabajamos por nuestra parte para llevar el convencimiento á las que no quieran reconocer las decisiones del Concilio.

Si ahora se nos pregunta ¿qué necesidad hay de una nueva apologia de la religion? Contestaremos que las antiguas no bastan en manera alguna. Como en la guerra, los procedimientos del ataque han variado de diez años á esta parte en las polémicas contra la fé: la defensa ha caido en mora en lo que á la modificacion de los suyos se refiere. No cabe duda que nuestra verdad es inmutable; pero tambien es cierto que se

ofrece bajo diversos aspectos, segun sea los momentos que su eternidad deba iluminar. Es como la luz de un faro que ofrece diversos colores sin cambiar ella misma, y que desde el centro de su inmovilidad, ilumina sucesivamente todos los puntos del horizonte.

Cierto que la apologética solo es completa á condicion de unir sus argumentos tradicionales al interés de actualidad, y de permanecer antigua siempre, no obstante su continua renovacion; mas con todo esto puede muy bien afirmarse, que por punto general es tanto más útil cuanto más apropiada á las necesidades de los tiempos. Nuestro libro es una concesion á esta legítima exigencia del espíritu.

Hase echado en cara al sacerdote su repugnancia en amoldar su inflexible ortodoxia á las aplicaciones contemporáneas, y su persistencia en permanecer encerrado en la tradicion hasta el punto de ser injusto con lo presente, por admiracion sobrado exclusiva respecto de lo pasado: por nuestra parte hemos procedido con toda la fuerza de nuestra razon y de nuestra caridad contra esa tendencia retrógrada, considerando á la sociedad actual como una especie de auditorio al cual debe conocerse perfecta-

mente para decirle la verdad, y á quien es indispensable amar, para hacérsela agradable.

En este concepto, podemos asegurar que nos presentamos á nuestros contemporáneos con benévola imparcialidad. Deshaerse en desmesuradas alabanzas en favor del siglo en que se vive, vale tanto como caer en la bajeza de la alabanza propia; demostrarlo, es lo mismo que proclamarse superior á él. Entre esas dos opuestas manifestaciones del amor propio, existe un lugar á propósito para la verdad, y este lugar, este prudente justo medio, es el que procuramos establecer.

Considerando as cosas desde este punto de vista, nuestra época se nos ofrece como una confusa amalgama, en la cual andan revueltos el bien y el mal, el primero con fuerza suficiente para mantener viva la esperanza; el segundo harto amenazador para excitar grandes alarmas. El espectáculo de semejante dualismo debe inspirar las ideas y el acento de la controversia teológica. No cabe duda en manera alguna que desde el día en que Lamennais fulminó su elocuente acusacion contra el indiferentismo, la sociedad europea, en lo que al concepto religioso se refiere, ha experimentado al par y simultáneamente, un doble trabajo de restauracion y

de disolucion, hasta tal punto, que la segunda mitad del siglo décimo nono, es al propio tiempo mejor y peor que la primera. ¡Contraste singularísimo, que es indispensable conocer, para que pueda comprenderse del modo debido el mundo de que se forma parte, y en ocasiones hasta para comprenderse uno á sí mismo!

La mejora se manifiesta por medio de un conjunto de síntomas halagüeños, toda vez que no obstante los cantos de triunfo entonados por el adversario, han podido escribirse en nuestro tiempo, en Francia, sobre el *Despertamiento cristiano*, páginas elocuentísimas que constituyen un cuadro irreprochable de nuestros progresos evangélicos. Ciertó que á la ironía de Voltaire han sucedido las odiosas y repugnantes coaliciones del *Solidarismo*; mas no se pierda de vista que hasta el ódio es ménos irreligioso que la burla. Detestar á Dios, es en cierto modo tomarlo en sério; podria decirse que es una manera indirecta de reconocerle, teniendo en cuenta que el hombre es incapaz de odiar lo que no existe. En tanto que el blasfemo se ha impuesto, á pesar suyo, las formas del respeto, la fé, desde el comienzo de este siglo, sigue en determinadas clases el camino de una progresion



siempre ascendente. Digan lo que quieran los observadores mal informados, las comuniones pascales aumentan: las obras de caridad práctica pululan por doquier: las leyes reparadoras en favor de la libertad de enseñanza rinden copiosos frutos: las desventuras de Pio IX han excitado simpatías y producido sacrificios, que no obtuvieron ni con mucho la ancianidad proscrita y destronada de Pio VI, ni los infortunios del augusto cautivo de Fontainebleau: hemos asistido al más bello de los centenarios de la muerte de San Pedro de que conserva memoria la Iglesia: lo más selecto de la juventud católica se nos ofrece unas veces viviendo á la manera de levitas, formando parte de la asociación de San Vicente de Paul, otras se nos presenta muriendo cual los antiguos cruzados en defensa del trono pontificio; nuestro clero inferior y nuestro episcopado, no ceden ni en ciencia ni en dignidad, á ninguno de los que han vivido en otras épocas.

La autoridad, vacilante ántes en todas partes, fortifícase de día en día en el catolicismo, merced á una marcada agrupación de los espíritus y de los corazones en derredor de la supremacía papal. Gracias á esta disposición y merced al concurso del vapor, el sucesor de San Pedro puede

reunir en el Vaticano, en el breve espacio de tres meses, á los Obispos de las cinco partes del orbe, con el fin de exterminar en gérmen los cismas y las heregias. Por último, nuestro tiempo manifiesta por la verdad religiosa una curiosidad, que Dios tendrá de seguro en cuenta, si es su móvil el respetuoso deseo de conocerla, no la orgullosa pretension de encontrarla en falta. Si el siglo más enfermo no es el que se apasiona por el error sino el que mira la verdad con criminal desden, dista mucho el nuestro de ocupar el último grado en la escala de la decadencia, puesto que si desprecia á los hombres es precisamente porque ellos han comenzado por enviarse trocando su noble título de hijos de Dios por el brutal abolengo de descendientes del mono; más aún así, conserva la santa pasión de la verdad.

Y no venga un pesimismo estúpido ó mal intencionado á oponer sus negaciones á estos consoladores resultados: podrán cerrarse los ojos á la evidencia de los hechos históricos; pero ante el elocuente lenguaje de los números, no queda más arbitrio que enmudecer. La obra de la Propagación de la fé, que en 1823 no producía más allá de 80,000 francos, distribuye en el día más de seis millones á quinientas diócesis esparcidas

en los dos hemisferios: las conferencias de San Vicente de Paul, que en la propia fecha contaban solo ocho miembros, compónense al presente de más de treinta mil individuos, que socorren en su domicilio á más de cien mil familias menesterosas: las Hermanitas de los pobres, institución nacida como quien dice ayer mañana, al soplo de la ardiente caridad de una humilde criada, alimentan en sus asilos á más de veinte mil ancianos: los Hermanos de las Escuelas cristianas, que en 1804 contaban apenas con quinientas casas, poseían más de mil en el año de 1870: y para no multiplicar datos, terminaremos diciendo: que en el breve espacio de cincuenta años, se han construido ó abierto al culto católico más de diez mil iglesias. Pruebas son éstas completamente irrecusables, de perenne y robusta vitalidad en nuestra fé, á pesar de la existencia de muchas apariencias contrarias que conozco perfectamente, y con todo y existir opuestas corrientes, que en manera alguna pretendo disimular (1).

Ni cabe tampoco desconocer que la fé se mantiene viva en las masas, siquiera oculta, como

(1) Las cifras de esta estadística comparada, están tomadas de la obra M. Guizot *Méditations sur la religion*. Esc II.

la chispa en las entrañas del pedernal: para que se manifieste es indispensable el choque. Un sacerdote la ha comparado á la naturaleza que, semejando muerta durante los rigores del invierno, brilla con todo su esplendor en cuanto asoma la riente primavera. Mientras permanece aletargada, los enemigos de la fé creen ó afectan creer que ha muerto; pero á todos esos plañidores de oficio que entonan endechas cabe la nueva hija de Jairo, les dice Dios por medio de milagros inesperados. *La niña no está muerta sino dormida* (1).

Este maravilloso poder de resurrección, resuelta elocuentísima á los que pretenden guardar su tumba, será el testimonio perenne del triunfo del catolicismo; del mismo modo que la confianza que abrigamos en sus constantes renacimientos, no es hija de una vana superstición sino de las afirmaciones de la historia y de una visión de lo porvenir que se refleja en las enseñanzas de lo pasado.

Por lo demás no hay para qué mirar á lo pasado ni á lo futuro para cobrar esperanzas: lo presente por sí solo basta para alentarnos; pues

(1) San Isaac, 6 62.



cuando se tiene la dicha de tratar á las nobles almas de los tiempos presentes, y de admirar, en cierto modo, en las palabras que brotan de sus labios, las pulsaciones del corazón de la Iglesia, se comprende, que no porque se concentre en el interior, hay temor de que se extinga la vida del catolicismo. Ello es que la sociedad moderna ha podido contar con los diez Justos, para defenderla contra la justicia de Dios, y contra los rigores de lo porvenir.

Bajo la inspiracion de esas ideas y de estos hechos innegables, un pensador profundo y perfectamente impuesto de las cosas de su tiempo, ha podido resumir en los siguientes términos sus apreciaciones respecto de los últimos cincuenta años. «A pesar de los obstáculos, de las vacilaciones, de las desviaciones y de las faltas que pueden observarse, no puede ménos que distinguirse el despertamiento cristiano. Ha habido progreso en la fé cristiana, progreso en la ciencia cristiana, progreso en las obras cristianas, progreso en la fuerza cristiana; progresos incompletos é insuficientes; pero reales y fécondos, síntomas de una vitalidad poderosa y llena de porvenir. Desengáñense los enemigos del cristianismo: pueden hacerlo como le están haciendo una guerra á muerte; pero han de

«tener la conviccion de que no se la hacen á un «moribundo.»

Pero si son evidentes las señales del progreso, no lo son ménos las de la descomposicion, de suerte que nuestro siglo ofrece al par los bellos celajes de la aurora y la bruma aplomada del crepúsculo de la tarde. No vaya á creerse, sin embargo, que al expresarnos en estos términos pretendemos significar que deba verse en él un dia esplendente, precursor de una noche espantosa; mas no cabe desconocer que estaremos en lo cierto comparándolo á un alumbramiento, ya que, como en semejante acto, concurren en él esperanzas que alientan y dolores que torturan. Hemos hablado ya de las esperanzas de la fé que abrigamos en nuestro corazón: bosquejemos ahora el cuadro de los dolores.

En el siglo XVIII hallábanse trabajadas por el escepticismo las clases más elevadas de la sociedad: hoy, por el contrario, es la base de la misma la que está corroída y esto indica que se halla en gran manera comprometida la solidez del edificio. Hay más aún: la intensidad del mal ha crecido al compás de su desarrollo. En 1820, asustada la incredulidad por la siniestra experiencia de la revolucion, experimentaba una especie de placar, algo parecido á legítimo orgullo

ó virtuosa satisfaccion, refutando á Condillac, y se detenía ante las tímidas conclusiones del deísmo: hoy, por medio de fórmulas capciosas, avanza hasta las negaciones más radicales. Antes, y no hace muchos años, dejaba subsistir á Dios y al alma humana sobre las ruinas del símbolo cristiano: al presente hace tabla rasa de todas aquellas verdades que no pueden ser ensayadas en la piedra de toque de la ciencia. Ayer sostenía que todas las religiones eran igualmente buenas: hoy las anatematiza todas por perniciosas, y en lugar de los dogmas positivos, enarbola esta orgullosa quimera, cómplice en todas las pasiones del corazón y en todas las aberraciones del pensamiento individual: ¡la religión!

Aun considerada la cuestion desde el punto de vista exclusivamente natural, no puede imaginarse mayor atentado contra la humanidad, que esa supresion de la fé. La fé es la participacion de la divinidad en las ideas del mundo. Los individuos como los pueblos, desprovistos de ese nimbo celeste, experimentan dolorosísimas caídas: el arte, la poesía, el mismo amor se desvanecen en cuanto ha desaparecido la fé, y arrojado Dios de la inteligencia humana, no tras-curre mucho tiempo sin que ocupe en ella su lugar una esencia infernal, siendo frecuente el

espectáculo de los creyentes convertidos en locos ó en mónstruos.

Y téngase en cuenta que los pueblos que presumen ser posible apostatar impunemente de la fé, reciben siempre el condigno castigo! No tenemos que buscar la demostracion de nuestro aserto léjos de nosotros: fijese la mirada en nuestra sociedad escéptica en materias de religion y se observará que tambien se ha hecho escéptica en política, con la circunstancia de que el escaso pudor que le resta respecto del particular, es más bien efecto de un noble orgullo que la obliga à permanecer fiel á sus tradiciones, que no resultado de verdadera fé en los principios. Y como en política es escéptica y filosófica, puesto que ha prestado oídos á las estúpidas teorías de la identidad de los contrarios: es escéptica en moral, toda vez que la distincion entre el bien y el mal, no es para ella otra cosa más que una convencion basada en intereses de momento: es escéptica en materia de sentimientos, y el crimen horrendo de no creer en Dios, vése en ella castigado por la desgracia de no creer los hombres los unos en los otros: es por último, escéptica en lo que á su propia existencia se refiere, porque los que en nada creen es imposible que crean en su alma, y



después de haberlo negado todo, acaban por negarse á sí mismos: *Aquí termina la razon humana.* (1)

Y hé ahí á la inteligencia girando sin cesar sobre un mismo círculo hace seis mil años, sin haber conseguido aprovecharse de las enseñanzas adquiridas. Afortunadamente con la tentación que ciega la conduce al abismo, existe en ella una fuerza invencible que la remonta á los cielos. Ese freno verdaderamente providencial, impedirá que nuestra civilizacion, desde la cima del Calvario donde se transfiguró, descienda á inferior nivel del paganismo, que á lo ménos respetaba los dogmas que nosotros abjuramos.

Entre los medios empleados, en nuestros dias, por el anticristianismo para destruir la bóveda celeste, segun su desatentado lenguaje, es el más poderoso el que consiste en apoderarse de todas las concupiscencias y de todos los dolores sociales para arrojárstelos como merecido reproche á la faz de la Divinidad; en convertir en poderosa palanca las pasiones más anárquicas; en cebar, si así puede decirse, á los pueblos con el ateísmo disfrazado con las seducciones de la revolucion. El orgullo y la ambicion sin límites, han prestado numeroso contingente al alistamiento abier-

(1) Ensayo sobre el Indiferentismo.

to para llevar á cabo tan nefanda empresa. Y así como para dar curso á la moneda falsa, es indispensable darle cierto baño que la dé apariencia de buena, háse inventado tambien una palabra que cubra las malas artes y hasta los crímenes de semejante conspiracion. Esta palabra es . . . Libertad! De ello ha resultado un manantial fecundo de antagonismos irreligiosos.

Y no es extraño, porque semejante palabra ocasionada á mirajes y decepciones, á verdades y mentiras, á llamamientos generosos y á peligrosas provocaciones, háse convertido en una especie de criterio, segun el cual todo se juzga, de tal manera, que al paso que nuestros padres habian rechazado como peligrosa la libertad que no hubiese estado conforme con la fé, hoy no se admite la fé que se halla en desacuerdo con la libertad, naciendo de ello un sin fin de errores contrarios á la religion. Sus enemigos la llaman constantemente á ese insidioso campo de batalla, considerando que es más cómoda comprometerla por medio de la impopularidad, que vencerla, valiéndose de la razon.

No permita Dios que progreso social alguno se vea jamás comprimido por los principios de nuestra ortodoxia. No es licito tomar partido contra la libertad, da una manera absoluta, por

lo mismo que es de institucion divina. El régimen mas libre fué el del Eden en el cual el hombre no tenia otros conocimientos que Dios y la familia: el pecado, viciando las pasiones, creó la tiranía; siendo hasta cierto punto esas dos últimas opresiones necesarias entre sí.

Las pasiones de los individuos excusan los excesos del poder, en tanto que sus virtudes harian de ellos un verdadero crimen. Tanto es así, que la gran falta de los tiempos presentes, no tanto consiste en buscar los medios de conquistar la libertad política, como en no trabajar cuanto es menester para santificar el uso de la libertad moral en una medida proporcionada. Debilitar los poderes fortificando al propio tiempo las pasiones, constituye el procedimiento revolucionario: disminuir las pasiones con el objeto de que los poderes no se salgan de su órbita, constituye la obra del cristianismo. El fin es el mismo: el establecimiento de la libertad: los medios no pueden ser más opuestos.

Mas de tal suerte restablecida la verdadera nocion de la libertad, ¿hay quien pueda contemplar sin espanto todas las candideces y todas las malicias; todo el desinterés y toda la concupiscencia; todas las nobles aspiraciones y todas las torpes maldades que se agrupan hoy en derredor de esa venerable enseña? Conformes todos

en el nombre, pocos están de acuerdo respecto de la cosa. La libertad de los que poseen, dista mucho de ser la misma de los que quieren poseer: la libertad de los que destruyen es completamente distinta de la que tienen los que tratan de edificar: la libertad de los tribunos populares no es igual à la de las oposiciones monárquicas. De manera que con idéntico distintivo se va en pos de fines opuestos, ostentando la misma divisa, véanse coligados espíritus que se mueven à impulsos del odio, y cegados por el tupido velo de semejante falsedad, los que hacen profesion de socavar los cimientos sobre que se asienta el orden social, trabajan con más empeño, y hasta con verdadera fruicion en su obra destructora, sin curarse poco ni mucho de los derrumbamientos, bajo los cuales muchos de ellos han de quedar aplastados. Afortunadamente Dios hace brotar la luz de esos choques formidables, y por las brechas que de tanta ruina resultan, penetra de nuevo en los corazones y en la escena del mundo.

Al presente se trata de acudir en auxilio de los hombres de buena voluntad à fin de que venzan en la noble empresa en que se hallan empeñados. No tenemos por qué ocultarlo: el espectáculo de la agonía de las creencias, à no-



sotros que atendemos á las enfermedades de las almas y trabajamos en su salvacion. nos causa un dolor y una compasion que es imposible expresar. Ojalá pudiéramos vislumbrar un largo porvenir para obrar como apóstoles, y lanzar durante dilatado período la protesta de nuestro *Credo*, á la creciente marea de blasfemos orgullosos.... mas los predicadores se extinguen ántes de los sesenta años, y por nuestra parte experimentamos una especie de desesperacion en la cual entra por mucho el buen deseo, siempre y cuando consideramos que los defensores del bien son de sobra efímeros, comparados con la permanencia del mal.

A semejantes ideas somos deudores de la inspiracion de hablar hasta desde el interior de la tumba. El buen libro es el misionero perenne de la verdad. Ciertó que hay una parte de grandeza en nuestra conversacion con las muchedumbres desde lo alto de la cátedra cristiana; pero su accion es rápida y aislada como las vibraciones del aire. El libro por el contrario, es señor del espacio y del tiempo, alcanza sobre la tierra una especie de ubicuidad que recuerda la presencia universal de Dios, y cuando ha terminado su mision de moralizar lo presente, la extiende á lo porvenir. ¡Felices aquellos que me-

recen tener á la posteridad por auditorio! ¡Gracia, siquiera, para aquellos que á semejante premio aspiran, movidos exclusivamente por el sentimiento de caridad! Pedimos para nosotros el beneficio de esta circunstancia atenuante.

Cuando no se abrigan respecto del público, más ilusiones que respecto de sí mismo, es fuerza convenir en que se necesita mucho valor para escribir en el día obras de controversia religiosa! Los hombres de nuestro tiempo tienen otros quehaceres en que ocuparse, para que podamos congratularnos con la idea de que han de leerlos. Absorbida completamente su atencion por los acontecimientos que se realizan en el interior de los gabinetes europeos, por las peripecias que la bolsa anuncia, por las escenas que tiene establecidas la literatura recreativa, ¿qué les importa lo que solo atañe á la fé y á las costumbres? Cuando Platon se presentó inesperadamente en los juegos olímpicos, la multitud abandonó el espectáculo escénico para agruparse en derredor del filósofo. Si la Francia contemporánea tuviese la dicha de poseer un sábio tan grande, ¿abandonaria sus teatros, sus novelistas libidinosos, sus periodistas callejeros, para oír al nuevo Platon? Permitase que lo dudemos. Sea como quiera, no vacilamos en manifestar que

esperamos muy poco de su atención; pero esa misma frivolidad, rasgo característico de nuestro siglo, lejos de descorazonarnos nos obliga más y más: cuanta menor sea la esperanza que respecto del éxito de nuestro libro abriguemos, mayor es la necesidad que sentimos de darlo á luz. Sucede con la expresion de las grandes convicciones, lo que sucede con los gritos de júbilo y los ayes que arranca el dolor: no se exhalan para que se escuchen, sino porque es imposible contenerlos. Escriban, pues, otros por amor á la gloria, ó por las simpatías que esperen conquistar: por lo que á nosotros toca, diremos con el Profeta. *Creí y por esto hablé* (1)

## II.

¿Qué procedimiento hemos seguido en la composicion de este libro? Es decir: ¿cuyos son los puntos de vista desde los cuales considera la fé;

(1) Salmo 116. 10.

cuál es la extension que abarca; el objeto particular que se propone; el método que lo caracteriza; la utilidad especial que al cabo ha de justificarlo?

La justificacion de este libro no solo se halla en la actualidad de los puntos de que trata, si que tambien en la manera de tratarlos. Hasele impuesto el título de *Buen Sentido de la Fé*, porque expone la razon sometida al Evangelio, bajo la simple direccion del sentido comun. Este procedimiento, por demas sencillo, es el más apropiado al tiempo y al país poco metafísico en que vivimos.

En resúmen, nuestro siglo apenas descende á combatir en detalle los artículos de la fé; pero en cambio los ataca colectivamente. Tomando nuestro símbolo por sus dos polos, que son la creacion y la redencion, ha amontonado sobre los orígenes del mundo y sobre los del cristianismo densos celajes y oscuras nubes que, desde dichos puntos se derraman y extienden sobre todos los demas dogmas. No cabe dudar que su oposicion, ménos que de pruebas, se compone de hipótesis tan atrevidas como ingeniosas; pero con los materiales que le proporciona esa ro mancezca erudicion, obstruye las dos entradas principales de nuestro edificio religioso.



Es evidente que tan culpable trabajo tiene por objeto principal el afán de encumbramiento más que el deseo de destrucción, y por lo mismo el cuidado principal de la controversia presente, más que á apuntalar los muros del edificio, que no amenazan desplomarse, deben dirigirse á desembarazar las cercanías. No se trata de acopiar materiales para la reedificación del templo, sino de quitar estorbos; bien así, como acontece con esas antiguas basílicas de Roma, que en cuanto se las libra del lecho del polvo en que por la mano del tiempo yacían sepultadas, surgen completas y esplendentes del suelo en que fueron construidas.

Nuestros esfuerzos se consagran pues, al presente, á un trabajo preliminar, y este libro pertenece por consiguiente, á la clase de aquellos que distinguan los padres de la Iglesia con el nombre de *Preparacion evangélica*.

Convencidos de que entre los que están desprovistos de la verdad, son muy pocos los que se hallan en estado de descubrirla, ó de recobrarla mediante un profundo y detenido estudio de los dogmas, imaginaron nuestros primeros apologistas el sistema de guiar á los disidentes por medio de razonamientos prejuiciales. Al efecto establecieron una serie completa de prue-

bas generales que contenian en germen todas las verdades del cristianismo; especie de apología popular, que sin discutir detalladamente verdad alguna, dejaba fuera de combate todos los errores. En rigor, podrá decirse que no era esto otra cosa más que una especie de pórtico establecido sobre el suelo del templo de la doctrina; mas esta porcion del edificio desde Eusebio de Cesárea hasta nuestros dias, ni ha sido la ménos atendida ni la ménos uotable para las inteligencias que van en pos de las verdades de la fé. En otro tiempo los neófitos se purificaban en el átrio de la basílica material; al presente, las más de las veces, los incrédulos deponen sus preocupaciones y abjuran de sus errores en el vestibulo de la ciencia sagrada.

¡Espectáculo verdaderamente extraño y digno de llamar la atención! Los refulgentes destellos del Santo de los santos, es decir, los esplendores de la Teología, suelen ofender la vista del que vive sumido en la oscuridad; por el contrario, una polémica más vecina á la tierra que al cielo, no solo no le ofende, sino que hasta se le hace simpática. No de otra suerte la Divinidad para humillar los vuelos atrevidos de la razon, la condena á volver al redil por la modesta senda

que abandonó para extraviarse: por los senderos del sentido comun.

La Preparacion evangélica se divide en dos corrientes, perfectamente distintas, en el gran rio de nuestra tradicion escrita. Esta doble direccion de la defensa, responde perfectamente á los dos focos principales de donde procede el ataque: la heregía y la filosofia anti-cristiana. A los herejes, es decir, á esos enemigos de lo intrínseco, que pretenden sustituir con imprevistas innovaciones la fé del pasado, nuestros padres oponian invariablemente la inadmission diciendo: Llegais tarde para promulgar un falso Evangelio, distinto del que todos los siglos han admitido como verdadero; vuestro símbolo se halla en flagrante contradiccion con el de las Iglesias apostólicas, por consiguiente, aún antes de que se os entienda estais condenados por el argumento de las *Prescripciones*. A los filósofos, esto es, á los enemigos de lo extrínseco, á los que se encarnizan contra el cristianismo naciente, en nombre de la razon escandalizada, el cristianismo les decia: Vuestra razon se ve obligada á violentarse más para rechazarme que para admitirme: sin contar con la certeza histórica, están de mi parte todas las probabilidades de una sana lógica, por consiguiente, en tanto no

tengais en vuestra mano la evidencia para objetarme, yo reinaré en virtud de las *Presunciones* que militan en mi favor. Por nuestra parte nos valdremos de esta segunda táctica.

Digámoslo siquiera de paso. No puede dardarse que el estudio de la primera rama de la *Preparacion evangélica* bastaria para confundir á muchos pretendidos novadores, que no son otra cosa que restauradores de añejos sistemas, disfrazados con el oropel deslumbrante de los tiempos presentes. ¡Qué raudal de luz, especialmente para los protestantes, el que se encierra en las dos obras tituladas, la una *Prescripciones* por el elocuente autor de la *Apologética*, la otra *Advertencias* por Vicente Lerins! en la cual el génio de la refutacion se eleva, por decirlo así, hasta la profecía, puesto que en sus cortas páginas se encierra una rotunda contestacion á todas las heregías futuras. Muchas veces me he lamentado de que la imprenta no haya tenido espacio para vulgarizar los grandes monumentos que nuestros padres nos dejaron, antes que tuviera lugar la revolucion del siglo XVI. De seguro que muchos de los flamantes reformadores al verse retratados de mano maestra y combatidos por nuestros más ilustres antepasados, con quince siglos de anticipacion, habrian re-



trocedido ante el vetusto cuadro de sus nuevas aberraciones. En mi concepto, nada habria sido más decisivo contra la heregia, que una obra que hubiese desenvelto debidamente el siguiente tema: Lutero presentado, juzgado y condenado por Tertuliano.

Mas con todo esto, el argumento colectivo sacado de las *Presunciones* ha alcanzado mayores victorias que el de las *Prescripciones*, por la sencillarazon de que está más al alcance de mayor número de inteligencias. Desde la famosa tesis de Nicole contra los calvinistas, intitulada *Preocupaciones legítimas*, empleada bajo el mismo nombre contra los racionalistas contemporáneos, por el venerable Pedro de Ravignan, no se ha ofrecido arsenal más abundante donde haya podido la verdad procurarse argumentos más sólidos, más incontestables y más comprensibles. Fraysinous, Lacordaire, el Padre Félix, Augusto Nicolás, han cultivado el misma género de polémica con un brillo y un éxito que vivirán mucho tiempo, y muchos que de seguro no habrían dejado convencerse por medio de pruebas esencialmente teológicas, no pueden ménos que ceder ante la evidencia de la demostracion relieja que se deduce, ora de una verosimilitud racional, ora de una analogia ingeniosa entre la

economia de la naturaleza y la de la fé, ora en fin, de esas mil presunciones legítimas que corroboran todas las verdades reveladas, sin establecer aisladamente una sola de ellas.

Nosotros que venimos mucho tiempo despues y muy de léjos seguimos á nuestros maestros, aún cuando no sea más que bajo el modesto título de catequitas, deseamos formar parte del apostolado que constituyen. Es verdad que marchando sobre sus huellas, no queda mucha gloria para conquistar; pero en cambio puede practicarse aún mucho bien. Semejante consideracion ha bastado por sí sola para alentarnos en la empresa de esta apologia al alcance de aquellas inteligencias que carecen de tiempo y de paciencia para ocuparse en obras de más importancia.

Podemos decir tambien que nuestros maestros no han realizado nuestro propósito, porque han ido más allá. De ellos, los unos, obligados a recorrer una dilatada via consagrada à la enseñanza, se vieron en la precision de desparramar sus luces á fin de iluminar su camino hasta el fin: por nuestra parte nos limitaremos á recoger los rayos diseminados, en provecho de aquellos que no se sienten con fuerzas para reunir por sí mismos los que son menester para formar un hazecillo, Otros, procediendo con el valor y deci-

sion que son propios del génio, lanzaron por todos lados deslumbrantes resplandores, que más tenían del fulgor del rayo, que de la grata claridad del día: á estos destellos irresistibles para los ojos tímidos, sustuiremos la claridad, calma y serena, preferida por la inmensa mayoría de los espíritus cultivados. En una palabra: los maestros fueron los verdaderos iniciadores: nosotros nos limitamos á vulgarizar lo que ellos hicieron; pero desde lo más íntimo de nuestro corazón bendeciremos al Señor por la gracia que nos ha concedido, si tenemos la dicha, de que al reclamar un incrédulo un guía que pueda volverle al verdadero camino, desde la tenebrosa senda en que vive extraviado, le ofrecen estas páginas su hija ó sus amigos. Ser el Ananías de tal ciego, es mucho mejor, vale infinitamente más que la gloria que el autor pueda adquirir: es la más bella recompensa que puede codiciar el corazón de un sacerdote.

Nos prometemos que nuestras esperanzas no han de verse completamente defraudadas; por que si bien es verdad que el fondo de las consideraciones que vamos á exponer no ofrece novedad, tampoco puede negarse que su síntesis no existía. ¡Hemos conseguido darle la última mano! Léjos de nosotros semejante presunción;

mas consuélanos anticipadamente de las imperfecciones que pueden existir en nuestra obra, la consideracion de que puede ser útil, sin ser por esto irreprochable. Las buenas intenciones, como las flores, tienen una belleza independiente de su agrupamiento: un haz de luz no ha menester hallarse regularmente compuesto para que ilumine.

La luz: tal es en efecto el traje más bello con que el espíritu humano puede vestir á la verdad, especialmente en la Francia contemporánea en la cual todo el mundo quiere comprender sin tomarse la pena de meditar. Convencidos de que basta con hacerse entender, sin quitar lo más mínimo á la gravedad de nuestro asunto, haremos cuanto podamos para no aumentar su peso con esos procedimientos germánicos que consisten en oscurecer las cosas, sobretexto de tradendencia científica, y en perderse entre las nubes por inmoderado deseo de elevarse. *Quien esconde los granos, dice la Escritura, será maldito de los pueblos* (1). Amenaza terrible para los controvevistas que disfrazan la verdad en lugar de presentarla desnuda, más atentos á sorpren-

(1) Prov. 11-29.



der que á convencer. Por lo demas la regla de gusto está en este punto de acuerdo con la conciencia: las tinieblas no son más que la ilusión de la profundidad; hay algo más elevado que las nubes, el sol. Seriamos méenos disculpables que el comun de los autores, si lo hubiésemos olvidado en este trabajo, por lo mismo que no nos proponemos abrir senderos desconocidos, sino hacer un libro, que sin valerlo realmente, pueda suplir á otros muchos.

Añadamos tambien que existe una cualidad más comunicativa, mejor *conductora*, en cierto modo, de lo verdadero, que la claridad del libro, y esta cualidad estriba en la simpatía del autor. El calor de los rayos solares alcanza donde no llega su luz. De la propia suerte el amor convence mejor que el talento. ¡Ojalá pudiésemos difundir esa afectuosa explicacion de la verdad sobre todas las oscuridades que somos incapaces de iluminar! Se lo pedimos á Dios de todo corazón, como aquel que con fundamento desconfía de sus débiles fuerzas; pero convencido al propio tiempo de su voluntad y buen deseo.

Este ensayo de *Preparacion evangélica* se compone de dos órdenes de pruebas completamente distintas. Las unas constituyen las presunciones directas en favor de la afirmacion cris-

tiana; las otras las presunciones contra la negacion opuesta á aquella. Ambas tienen su autoridad particular y por lo mismo podrian constituir dos obras distintas; mas hemos creído que debiamos reunir las formando una sola en virtud del principio lógico que constituye un todo con la exposicion de la tésis y la contestacion á las objeciones; con la parte positiva y el lado negativo de un mismo sujeto. Por lo demas, esas dos categorías de pruebas se reúnen sin gran esfuerzo bajo el título sintético de *Buen Sentido de la Fé*.

Las pruebas de la afirmacion se deducirán de una série de proposiciones que conducen gradualmente la razon á la fé cristiana, por medio de sencillas indicaciones de buen sentido: esas proposiciones cuyo enunciado puede carecer de la seduccion de la novedad, hallanse tratadas sin embargo desde un punto de vista que aprovecha en gran manera á las necesidades actuales de los espíritus.

Su desarrollo que es al par una exposicion de la controversia católica, y un resumen de la doctrina filosófica de nuestro tiempo, gira sobre estos tres ejes: 1.º la naturaleza del hombre reclama una religion sobrenatural; 2.º la ver-

dadera religion sobrenatural es el cristianismo: 3.º el verdadero cristianismo es el catolicismo.

Cumplida esta parte de la tarea, era indispensable tomar la ofensiva contra la incredulidad, demostrando que si todas las probabilidades están de nuestra parte puede contar por la suya con muy pocas. Y en efecto, facilísimo es demostrar *a priori* que toda incredulidad está radicalmente herida de incompetencia y desnuda de autoridad, por lo mismo que es resultado de una disposicion enfermiza del linaje humano; ora por dimanar de un desórden de la voluntad; ora de una debilidad de la razon; ora de una fuerza de espíritu adquirida torcidamente, y que produce una como plétora intelectual, ocasionada con frecuencia por estudios demasiado exclusivos. De aquí tres causas de escepticismo que combatimos sucesivamente en la segunda parte: 1.º las influencias de la pasion; 2.º las de la enfermedad intelectual; 3.º las que yo llamaria *especialismo* científico. Es indudable que la incredulidad proveniente de éste, se halla comprendida de lleno en la que engendra la enfermedad intelectual; mas debe tenerse en cuenta que en la actualidad los especialistas forman entre nuestros adversarios una clase tan preponderante, como llena de arrogancia, razon

por la cual hemos creído útil reducir á su justo valor su encarecida autoridad en materias de religion.

Seámos licito añadir en interés de las almas á quienes ofrecemos la luz, que la segunda parte, no solo es la más oportuna, sino tambien la ménos explorada; pues si bien es cierto que son muchas las indicaciones que en diferentes partes se encuentran sobre el mismo asunto, podemos asegurar que no existe un cuadro completo de esos puntos de vista apoloéticos. Somos los primeros en lamentar que la lógica del plan que nos hemos trazado, nos haya conducido á dejar para lo último lo que haya tal vez de más útil en este trabajo: razon por la cual no vacilamos en aconsejar al lector que no tenga necesidad ni decision de seguirnos en todo el proceso del mismo, que tome el segundo volúmen ántes que el primero.

Quiera el Señor proteger, durante este apostolado de gabinete, una debilidad que se asustaria de sí misma, si no contara con verse apoyada. Es tan difícil hacer pasar las almas de un buen argumento á un acto de fé, que desconfiaríamos de alcanzar la victoria, si no supiéramos que Dios pone al servicio de los defensor es una fuerza superior á aquella con que pueden contar!



la gracia, que se impone á veces, como un hecho superior y casi ineludible, à aquellos que no la reconocen.

Establecer mojones en el camino que debe recorrerse, tal cual acabamos de practicarlo, equivale à difundir la luz sobre el mismo. Por el bosquejo que de nuestro asunto hemos presentado, puede venirse en conocimiento de que, léjos de salirnos del asunto, estamos completamente dentro de la *Preparacion evangélica*. ¿Entra en los designios de la Providencia, que desde estos rudimentos apoloéticos, ascendamos à aquella enseñanza, más elevada que S. Agustin distinguia con el nombre de *Demostracion evangélica*? Después de haber expuesto este aspecto externo de nuestra religion, el *Buen sentido de la Fé*, podremos dar algun dia el plan interior en un trabajo complementario y más profundo, que se titularia la *Razon de la Fé*? mejor que nosotros lo sabe Dios.

Recorriendo las márgenes del Rhin, tuvimos ocasion de contemplar à varios jornaleros, ocupados en desembarazar de construcciones impropias la espléndida catedral de Colonia: aquel espectáculo despertó en nuestro corazon vivísima simpatía en favor de aquellos modestos obreros, por lo mismo que al paso que adelantaban en su

penosa tarea, ponian más al descubrimiento la incomparable belleza de tan magnífico edificio. Tal es la imágen de la humilde tarea que nos proponemos realizar respecto del santuario de nuestra verdad. Hoy nos limitamos á desembarazar de malezas los alrededores de la Basílica: acaso un dia mostremos las magnificencias que se encierran en su interior.